

Enamoradas de un cielo
 Donde hay clemencia y consuelo,
 Donde los buenos irán!
 Un cielo donde el caído
 Espera paz y perdón
 Que en vano al mundo ha pedido:
 Cielo donde el bien perdido
 Vuelve á hallar el corazón!
 Cielo que apacible alambra
 Una eterna claridad,
 Donde nada apesadumbra,
 Y el alma feliz se encumbra,
 Y es Dios un Dios de bondad.
 Ellas, al amor nacidas
 Y formadas para el bien,
 Y que por amor heridas
 Esclavas envilecidas
 De su propio amor se ven;
 De Jesús al dulce acento
 Hallan tregua en su aflicción,
 Y cobrando fé y aliento
 Se despierta el sentimiento,
 Se sublima la razón.
 Y van siguiendo sus huellas
 Deslumbradas por la luz;
 Para luego formar ellas
 Como una aureola de estrellas
 Al rededor de la cruz.
 Si perfección de los séres,
 De los hombres por amor,
 Hizo Dios á las mujeres,
 Les ha fiado deberes
 Que hacen su gloria mayor!
 Si las dotó de hermosura,
 Y al ángel envidia son,
 Les impuso la ternura,
 Debilidad y locura
 Sublime del corazón!
 Si puso en sus labios rojos
 El dulce, atractivo imán
 De apasionados antojos,
 Y dió rayos á sus ojos
 Que almas cautivando van;
 Predilecta y escogida
 Del cielo la mujer fué
 Para fuente de la vida
 Y conservar encendida
 En los hogares la fé!
 Para que norte y estrella
 Del hombre, en el fiore mar
 De la vida, pueda ella
 A la barca que se estrella
 Del naufragio preservar.
 Porque de ternura llena
 Alma al niño dé y calor,
 Y de la desgracia ajena
 Tome para ella la pena,
 Guarde para ella el dolor!
 Así, con placer profundo
 Vedlas de Jesús en pos
 Oyendo el dogma fecundo,
 Que han de esparcir luego al mundo
 Cual mensajeras de Dios!
 Y á tanto en su afecto llegan,
 Que en la befa y la aflicción
 Ni le venden, ni le niegan
 Y con sus lágrimas riegan
 La senda de redención.
 Y cuando Jesús expira

Y al beber amarga hiel
 Abandonado suspira
 Sólo en torno á la cruz mira
 A las hijas de Israel.
 Y fué la mujer quien luego
 Derribó el profano altar,
 Donde el paganismo ciego
 Con el hierro y con el fuego
 Intentó con Dios luchar.
 Que es la fé que en su alma siente,
 En ella aromas y luz.
 Doblo el hombre reverente,
 Esclavo de amor, la frente
 Ante los piés de la cruz.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA.

México, Marzo de 1888.

LAS MARIAS.

Luce ya el sol. — Vertiendo puro llanto,
 Las piadosas mujeres que amor guía
 Van con aromas al tercero día
 A unguir de Cristo el cuerpo sacrosanto:
 Una y otra se dicen entretanto:
 "Quién nos removerá la losa fría?"
 Y en esto ¡oh Dios! la tumba hallan vacía,
 Y sentado en la piedra un ángel santo.
 Blanca es su vesta como nieve pura:
 Su rostro como lampo centellea:
 Y exclama en dulce voz: "No más pavora:
 "¡Ver á Jesús vuestra piedad desea!
 Resucitó: mirad su sepultura;
 Publicad que os precede en Galilea."

ANTONIO ARNAO.

Madrid.

MAURA

Novela dedicada á la inteligente y bella dama Carmen Romero Rubio de Diaz
 por Concepción Gimene de Flaquer.

(CONTINÚA.)

Aureliano se dirigió al cuarto de Maura lleno de miedo, y completamente demudado por las entrecortadas frases de la negra, respecto al estado de la enferma.

Maura conocía sus pisadas y le oyó al penetrar en los primeros corredores. Como su imagen la tenía tan grabada en el alma, al oír sus pasos le pareció verle. Su alterado espíritu se tranquilizó un momento, una sonrisa cruzó por sus labios; pero ésta no fué más que el fulgor de un relámpago.

Aureliano entró precipitadamente en el cuarto de la enferma y la tomó la mano.

Al sentirlo Maura tan cerca de sí, recobró un momento la razón para ser más desgraciada, para convencerse de la más amarga realidad que puede afligir á la criatura.

Lanzó un ¡ay! que desconcertó á Aureliano, hasta el punto de tenerse que apoyar en la cama para no caer. Maura continuó exhalando las más dolientes quejas, acompañadas de las siguientes frases:

—Sí, es verdad, no me cabe la menor duda, me he quedado ciega: cuando no veo á Aureliano, muy ciega debo de ser. Jamás lo hubiera creído sin someterme á esta prueba. Aureliano es pa-